

señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventaz. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto, y a holgarse con él como con perro por carnes-tolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo, el cual deteniéndose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó a la venta; y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía a su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que, de puro cansados, le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gabán, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo,

por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

—Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará; ves, aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas, sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores:

—Por dicha, ¿hásele olvidado a vuestra merced cómo yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de antes? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió, que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños, a su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

#### CAPÍTULO XVIII

*Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*

Llegó Sancho a su amo, marchito y desmayado, tanto que no podía arrear a su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo! Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de

tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres; que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamientos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

—¿Qué poco sabes, Sancho—respondió Don Quijote—, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser—respondió Sancho—, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan horoso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho—respondió Don Quijote—; pero de aquí adelante yo procuraré haber a las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser

que me deparase la ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque, fuera de que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso—dijo Sancho—, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo; y a los escuderos, que se los papen duelos.

—No temas eso, Sancho—dijo Don Quijote—; que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Este es el día, Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de demostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda qué allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser—dijo Sancho—, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo Don Quijote; y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echan de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

—Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué?—dijo Don Quijote—Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo

el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores?—preguntó Sancho.

—Quiérense mal—respondió Don Quijote—, porque este Alifanjarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

—¡Para mis barbas—dijo Sancho—si no hace muy bien Pentapolín! Y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho—dijo Don Quijote—; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso—respondió Sancho—; pero ¿dónde pondremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle, después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad—dijo Don Quijote—: lo que puedes hacer dél es dejarle a sus aventuras, ahora se pierda o no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no lo trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos a aquel altillo, que allí se hace, donde se deben descubrir los dos ejércitos.

Hicieronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la cual se veían bien las dos manadas, que a Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran Duque de Quirocía. El otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército, al siempre vencedor y jamás ven-

cido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebrá, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Esparraguilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: «Este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones; aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos maslicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númeridos, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extensas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí encierra.

¡Válame Dios y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le perte-

necían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza, a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no se descubría a ninguno, le dijo:

—Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; a lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso!—respondió Don Quijote—¿No oyes el relinchar de caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa—respondió Sancho—sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes—dijo Don Quijote—te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo; que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciendo:

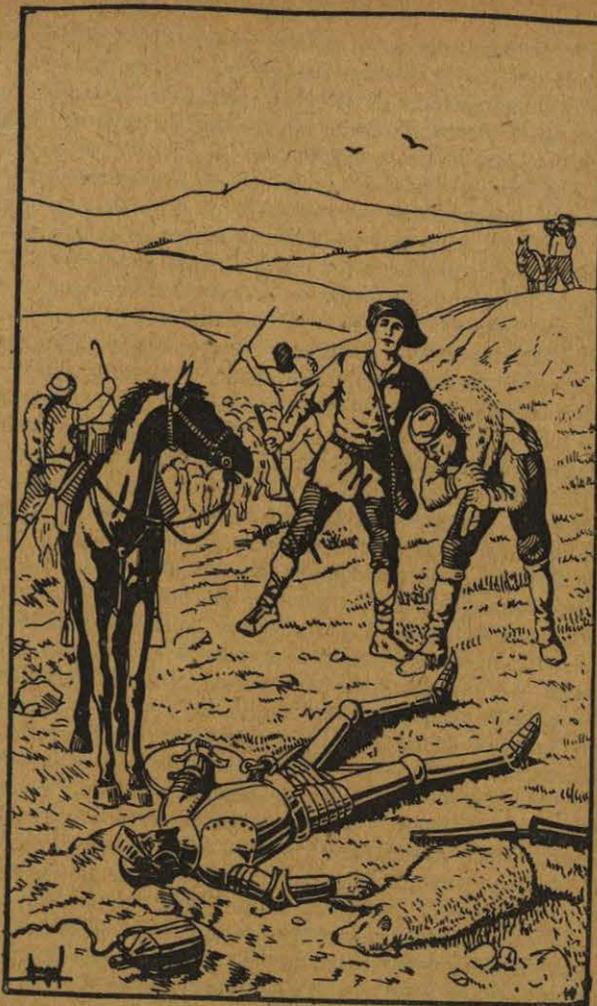
—Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto a Dios, que son carneros y ovejas las que va a embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios! Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:

—Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos; veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

Esto diciendo se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinjéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía:

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí; que un caballero



Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado y cargaron con las reses muertas

solo soy, que desea de solo a solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsolela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviése; que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetle, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero... Pero no vayas ahora; que he menester tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fué a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María!—dijo Sancho—Y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver, en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo; y como no las halló, estuvo a punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo, y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además; y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábetle, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no?—respondió Sancho—Por ventura el que allá mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que aquí me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho?—dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan—respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos qué comer hoy—replicó Don Quijote.

—Eso fuera—respondió Sancho—cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es.

—Con todo eso—respondió Don Quijote—, tomara yo ahora más afna un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos

del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced—dijo Sancho—para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho—dijo Don Quijote—, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice—respondió Sancho—; vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el ato y el garabato.

—Pídeselo tú a Dios, hijo—dijo Don Quijote—, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y tiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro—respondió Don Quijote—fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor—respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco—respondió Don Quijote—; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo—dijo Sancho—no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo!—dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba—Que más quisiera que me hubiera derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería. Sube, amigo, y guía; que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerle

y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XIX

*De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*

—Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles, con todo aquello que a esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, o como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho—dijo Don Quijote—; mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria; y también puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta, pero yo haré la enmienda; que modos hay de composición en la Orden de la caballería para todo.

—Pues, ¿juré yo algo por dicha?—respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado—dijo Don Quijote—; basta que yo entiendo que de participante no estás muy seguro; y por sí o por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así—dijo Sancho—, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas de buena razón hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que, por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pas-

móse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo:

—Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí!—respondió Sancho—Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean—dijo Don Quijote—no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron—dijo Sancho—, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

—Con todo eso—replicó Don Quijote—, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si a Dios place—respondió Sancho.

Y apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí a muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detrás de lo encamisados venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas; que bien advirtieron que no eran caballos, en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo; lo contrario le avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figúresele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada; y sin hacer

otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, y qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes, o bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa—respondió uno de los encamisados—y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís:

Y picando la mula, pasó adelante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno a la caballería, dijo al que iba en ella:

—Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño y consigo en el suelo. Un mozo, que iba a pie, viendo caer el encamisado, comenzó a denostar a Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba: que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo, envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobs, no se podían mover; así que, muy a su salvo Don Quijote los apaleó a todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: «Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

A lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna

quebrada. Suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Ordenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí—dijo Don Quijote—siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor?—replicó el caído.—Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza—dijo Don Quijote—si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho—respondió el Licenciado—; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató?—preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron—respondió el Bachiller.

—Desa suerte—dijo Don Quijote—quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos—dijo el Bachiller—; pues a mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedará agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que váis buscando aventuras.

—No todas las cosas—respondió Don Quijote—suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoo, y os acometiera aunque verdaderamente supiera

que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte—dijo el Bachiller—, suplico a vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me habido, me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana—dijo Don Quijote—; y ¿hasta cuándo aguardáades a decirme vuestro afán?

Dió luego voces a Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbaliando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Halló Sancho un talego o costal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumento, y luego acudió a las voces de su amo, y ayudó a sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.

Díjole también Sancho:

—Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura*.

Con esto se fué el Bachiller. Olvidábaseme de decir que antes dijo a Don Quijote:

—Advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud, si quis suadente diabolo*, etc.

—No entiendo ese latín—respondió Don Quijote—; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más, que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo.

En oyendo esto el Bachiller, se fué como queda dicho, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca.

—Yo se lo diré—respondió Sancho—; porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso—respondió Don Quijote—, sino que al sabio a cuyo cargo

debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados, cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aquéste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grijo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llames *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

—No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura—dijo Sancho—; sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro a los que le miraren; que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo a vuestramerced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo o rodela, como había imaginado.

Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y acorridos y avergonzados desto, volviessen a rehacerse y a buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer más sino retirarnos con gentil compás de pies; y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura, y el vivo a la hogaza.

Y antecogiendo su asno, rogó a su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar, le siguió; y a poco trecho que caminaban por entre montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos, con más de una fiambra que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas y fué

que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar a la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XX

*De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.*

—No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo, que estas yerbas humedece; y así, será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

Parecióle bien el consejo a Don Quijote; y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguló el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido, de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, terció su lanzón y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como